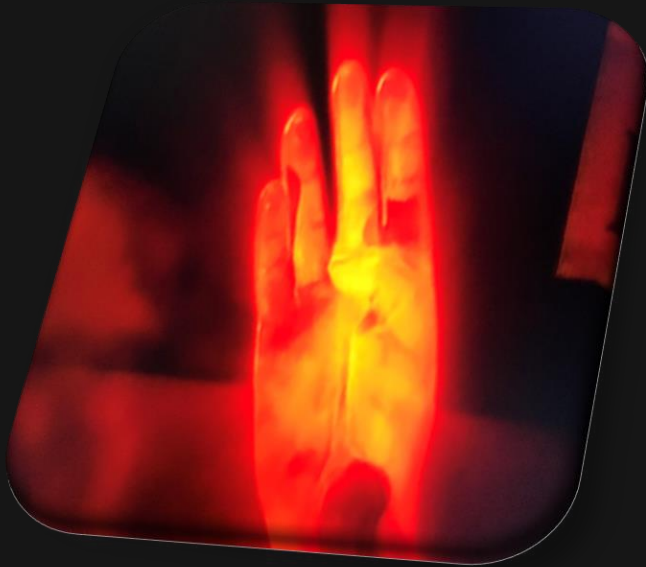


XIII Domingo Ordinario

(27 de junio de 2021)



"La oración de fe es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios". Esta afirmación de San Agustín recoge de alguna manera lo que hemos escuchado en el evangelio de hoy. Al inicio del evangelio leemos que Jesús está en la orilla rodeado de gente, es muy probable que su programa sea enseñar, como lo hace cuando ve a la multitud y tiene compasión de ella porque andan como ovejas sin pastor (Mc 6,30-35). Pero algo imprevisto pasa, llega Jairo, un hombre desesperado que tiene su hija agonizando y le suplica a Jesús que vaya a imponerle las manos para que se cure

y viva, y Jesús se va con él, la multitud sigue a Jesús y lo apretujan.

Dios se conmueve de nuestras miserias cuando se las presentamos, pero no puede hacer nada por nosotros sino hasta cuando florezca en nosotros la fe. Cada uno de nosotros, como el hombre del evangelio, puede lograr que florezca la fe, basta perseverar caminando con Dios en medio de las circunstancias de la vida. Jesús habría podido curar a distancia a la hija de Jairo o ir directamente a su casa, pero sucede que se entretiene en el camino y por un momento pareciera que se olvida de la niña y del desesperado papá que está a su lado. En realidad, Jesús no se olvida de este hombre, cree que Jairo y cada uno de nosotros puede desarrollar la fe que se convierte en fortaleza en las horas difíciles de la vida. Cuando nos decidimos a caminar con Dios en medio de las situaciones que parecen no tener salida, llega un momento en que se ilumina la luz de la fe. Mientras avanzamos en medio de la realidad de la vida, así como es, se alzan voces de dentro o de afuera de nosotros que pretenden desalentarnos. **“Ya se murió tu hija. ¿Para qué sigues molestando al Maestro?”**. Es justo cuando todo parece perdido, cuando nos invaden sentimientos de derrota,

desolación, tristeza, rabia, impotencia...etc., cuando Jesús nos dice: **“No temas, basta que tengas fe”**. Estas palabras dirigidas a Jairo y aceptadas por él son también para mí: **“No temas, basta que tengas fe”**. No importa como vayan las cosas, no importa qué diga la gente. No hay nada que temer, aunque nos toque beber el agua amarga de la rudeza de la vida, por la fe vivimos de la certeza de que todo y todos estamos en las manos de Dios, y todo irá bien; sólo una certeza nos acompaña incluso en las noches más oscuras: estamos en las manos de Dios. Ojalá podamos escuchar la voz del Señor que nos dice: Levántate. Y que una vez que escuchemos su voz nos decidamos a caminar con él como lo hizo Jairo en medio de la desesperación; como obedeció la niña que fue llamada de la muerte a la vida. Mientras que todos parecen olvidarse de la niña, asombrados por lo que pasó, Jesús les manda que le den de comer a la niña, indicándonos así que, si bien Dios vela por nosotros, todos estamos llamados a cuidar, con nuestras propias manos la fragilidad humana, pues la fe no nos hace inmunes a nuestra débil condición.

Antes de terminar quiero decir algo sobre el motivo del retraso para llegar a la casa de la niña agonizante, a

causa de la mujer que tocando el manto de Jesús fue curada. (1) Para Dios hacer presencia en alguna situación requiere de la fe de quien lo invoca, si acaso nos falta la fe en la hora difícil, Dios mismo permite que desarrollemos nuestra fe mientras seguimos caminando con Él, aunque sea a oscuras. (2) ¿Qué necesidad había de que Jesús retrasara su ida a la casa de la niña agonizante por encontrarse con la mujer que sufría de hemorragias desde hacía doce años, cuándo ya la fe de ella la había librado de la enfermedad de la que no pudieron liberarla los médicos? Encuentro al menos tres enseñanzas en este hecho: (1) Parece que Jesús quiere algo más que la curación física, quizás algo más profundo, algo que sea capaz de dar sentido a nuestra vida; (2) la enfermedad que padeció esta mujer durante 12 años la obligaba a estar alejada de todos, porque era considerada impura. Esta mujer y todos los que leen este evangelio han de saber que ninguna persona puede ser valorada y juzgada por su pasado. La fe que nos hace hijas e hijos de Dios nos da la gracia de andar en vida nueva. Y esta vida que es nueva ante los ojos de Dios tiene que ser nueva también ante la mirada de los hombres; (3) Jesús quiere asegurarse de que la mujer curada y todos nosotros sepamos que la fe es más que magia o buena suerte; de hecho, la fe es

un poder que como creyentes tenemos en nuestras manos y que nos sostiene en momentos de dificultad.

Queridas hermanas y hermanos: que las enseñanzas del evangelio que hemos escuchado hoy y la Santa Eucaristía, nos animen a perseverar y a crecer en la fe, incluso cuando caminemos a oscuras, con la certeza de que Dios hará su obra en nuestras vidas conforme a nuestra fe. Y que podamos cantar con el salmista:

“Convertiste mi llanto en danza, me despojaste del luto, me vestiste de fiesta, para que te cante sin callar nunca; Señor, Dios mío, te alabaré por siempre” (Sal 29 (30) 12-13).